

SAN BENITO, HOMBRE DE DIOS PARA TODAS LAS ÉPOCAS³⁹

El título de esta conferencia habría sorprendido mucho a san Benito. Cuando el joven provinciano Benito, recién llegado a Roma para estudiar una carrera, bruscamente da la espalda a la ciudad para irse al desierto, no tiene ya ninguna ambición ni para el presente ni para el futuro, Abandona la casa y los bienes de su padre, y deja el estudio de Letras apenas comenzado. ¿Por qué? Para renovar un gesto tantas veces realizado antes que él, y que otros harían después siguiéndolo: se aleja del mundo y se hunde en la soledad. Su biógrafo lo precisa así: “*Se retira, sabiamente ignorante conducido por la Sabiduría, buscando agrandar sólo a Dios*”. Benito ignora completamente su porvenir. Los discípulos que pronto atraerá, la Regla que un día pondrá por escrito, la influencia duradera que ejerce en la Iglesia quince siglos después de su muerte, todo esto no pasa por su espíritu. Por el momento, Dios le basta.

Aun su biógrafo, Gregorio Magno, Papa de Roma, no presenta sino muy discretamente la irradiación que su relato conferirá al oscuro abad de quien él narra algunas florecillas. Gregorio es obispo y, como obispo, además de sus comentarios asiduos de la Palabra de Dios, quiere mostrar a su pueblo esas Palabras de Dios ilustradas y vivientes que son los santos. Dios habla a su pueblo por medio de este creyente en quien su Palabra ha dado un fruto centuplicado. Benito de Nursia, a quien Gregorio saluda con la expresión *vir Dei*, hombre de Dios. Este nombre le sobreviene porque él es un reflejo de la Palabra de Dios y porque la imagen que se comunican Una al otro, la Palabra y el hombre, es la misma imagen de Dios revelada en su Hijo Jesús.

Seguramente Benito está aún lejos de ser el Patriarca de los monjes de Occidente en el momento en que Gregorio escribe su vida. Pero ya Gregorio ha reconocido en él una huella de Dios en esta presencia del Espíritu Santo que llamamos la santidad, Como obispo, él incluso debe discernirla, debe avalarla, debe atestiguarla. Atrae la atención de sus cristianos sobre este hombre en quien se manifiesta el Espíritu del Único Justo, como él dice, el Espíritu de Jesucristo, de cuya plenitud los santos han recibido todo (*Diál.* 8).

Ese es un momento importante en la vida de la Iglesia. En el rostro de un santo la Iglesia se reconoce o, mejor dicho, reconoce a Jesucristo caminando en medio de ella. De este mutuo reconocimiento del Pueblo de Dios y de sus santos, la Iglesia se nutre y se edifica cada día. Ella discierne así cada vez más el camino que hoy es el suyo y en el cual Dios la espera. Como una luz que guiña en la noche, el santo baliza el camino. O mejor dicho, porque la luz no es sino reflejo de la de Dios, en el santo es Dios mismo quien hace una señal a su Iglesia. Bienaventurada Iglesia que, a cada instante de su historia, sabe discernir la santidad que Dios le dispensa con tanta longanimidad.

Ciertamente, cada época recibe los santos que tienen una palabra bien precisa que decir a su Iglesia. Las formas exteriores de la santidad evolucionan necesariamente para traducirse a cada cultura en un signo perceptible. No obstante, en la medida en que la santidad se alimenta en el meollo del Evangelio, ella está llamada a fructificar en todos los tiempos, lleva un mensaje que cada época debe descifrar para sanear el mal que le es peculiar y para discernir los carismas que le son propios.

No ignoráis cómo la Regla que san Benito escribió únicamente para algunos monjes agrupados a su alrededor, ha conocido en la Iglesia latina una fecundidad excepcional, y hasta el presente única, tanto en el tiempo como en el espacio. Aún hoy numerosos monjes y monjas se inspiran directamente en esta Regla, y los jóvenes, gracias a Dios, no cesan de reconocer en ella el atractivo que les trabaja el corazón.

³⁹ Conferencia en Notre-Dame de París, 16-XII-79. Suplemento de la *Lettre de Ligugé*, N° 201, mayo 1980. Tradujo: M. Ma. Cándida Cymbalista, osb. Monasterio “Gozo de María”. Córdoba – Argentina.

Los monjes de todos los tiempos constituyen así un comentario viviente de la Regla y del mensaje de san Benito. Sin embargo es importante no confundirse respecto de los signos que ellos manifiestan. Los monjes, si bien nunca han faltado en la Iglesia, no son inmutables. El monacato tiene un rostro externo que, de reforma en reforma, de renovación en renovación, se ajusta sin cesar a los imperativos variables de las épocas que se suceden sin parecerse jamás. Sobre todo, en su gracia interior, el monacato se matiza progresivamente en armonía con las corrientes espirituales suscitadas por el Espíritu en la Iglesia, que no pueden sino reencontrarse y reconocerse en él.

Esta variedad de formas del monacato es su riqueza, pero no debe desfigurar su verdadero rostro. Así, hubo un monacato para sabios y un monacato para simples; un monacato salvador de la cultura y un monacato roturador de tierras; un monacato amante del esplendor litúrgico, y un monacato celoso del despojamiento en las formas; un monacato recogido sobre el tesoro de la interioridad contemplativa, y un monacato fuertemente interpelado por la misión y el servicio. Equivocarse acerca del monacato equivaldría a equivocarse sobre san Benito, confundiendo lo que es la añadidura, gratuitamente adjuntada por Dios, con el Único necesario buscado ante todo. Estos maquillajes sucesivos -me atrevo a llamarlos así- que es necesario horadar, constituyen, sin embargo, una oportunidad para los monjes de hoy. Pues así como hubo un monacato para los tiempos de la cristiandad y para una Iglesia de las catedrales y de las cruzadas, así habrá hoy, ya lo hay, un monacato para un tiempo imbuido de lo secular, y para una Iglesia que se busca a sí misma como servidora de los pobres, que ha tomado sus distancias respecto de todos los poderes terrestres, y sobre la cual el buen Papa Juan invocó una nueva efusión del Espíritu Santo.

Intentaré ahora descifrar el mensaje de san Benito para nuestro tiempo, en Iglesia. Es decir, precisamente en este lugar de secreta convivencia y de armonía, donde todos los carismas del pueblo de Dios brotan de la opulencia imprevisible y siempre asombrosa del Espíritu Santo, y hacia la cual convergen; allí donde el pueblo de Dios se reconoce en sus monjes, y donde los monjes se perciben en el corazón del pueblo, solitarios, ciertamente, pero solidarios también o, como dijo un célebre monje del siglo IV, *“separados de todos, pero unidos a todos”*.

Mi ensayo explorará sucesiva y brevemente cinco pistas:

- I. Los monjes son una Iglesia adosada al desierto.
- II. Los monjes son una Iglesia que escucha a Dios.
- III. Los monjes son una Iglesia que se reúne en fraternidad.
- IV. Los monjes son una Iglesia de pecadores perdonados.
- V. Los monjes son una Iglesia que libera en el Espíritu Santo.

I. LOS MONJES SON UNA IGLESIA ADOSADA AL DESIERTO

No hay ninguna duda y nadie haría nada para que fuera de otra manera; el primer paso que Benito esboza desde que Dios lo llama, parece un retroceso: da resueltamente la espalda a la ciudad, aunque era Roma a la vez que corazón de la cristiandad.

Dios invita a abandonar, a dejar, a salir. Para poder reconocer el deseo que en él arde, para pertenecer enteramente a ese amor naciente que es ya su tormento, le es necesario inaugurar un Éxodo, ir a habitar en el desierto. Siguiendo fortuitamente el curso del Aniano, pequeño río a la salida de Roma, Benito termina por descubrir una gruta, suspendida debajo de la población de Subiaco, en la cual se encierra, desconocido de los hombres excepto de un monje que desde lo alto le descende provisiones, conocido solamente de Dios, como dice Gregorio: *“Sólo bajo la mirada del Supremo Espectador”* (Cap. 3).

Benito persevera allí durante tres años, sustraído a los ojos del mundo, escondido en el rostro de Dios, en una tierra aún desconocida donde él ha transplantado todas sus fuerzas vivas para que ellas echen allí raíces, en la tierra del desierto que es tierra de Dios.

Haciendo esto, Benito reencuentra las fuentes del Pueblo de Dios y las de la Iglesia. En Abraham, llamado a una vida nómada, en Moisés y el pueblo liberado de Egipto, lanzado a las rutas de un interminable Éxodo, de desierto en desierto, el Pueblo de Dios progresó a través de los tiempos. El desierto permanece inscripto en su memoria, puebla sus recuerdos, aparece en sus proyectos. En cada etapa de la Historia santa, los judíos son empujados al desierto para revivir allí la Pascua y preparar así el nuevo paso. Jesús, a su vez, en el momento de inaugurar su misión, es conducido irresistiblemente por el Espíritu de Dios a la soledad, como todos sus Padres que sabían que los caminos de Dios se preparan en el desierto y que los frutos del Espíritu son allí concebidos.

También la Iglesia, aún hoy, permanece adosada al desierto. Ella hunde sus raíces como en un terruño de Dios, en la tierra madre del Éxodo y de la Pascua. Ella tiene allí su retaguardia, a partir de la cual puede operar. No teme, en ciertos momentos, recogerse allí para madurar las palabras que pronunciará frente a los hombres, tanto más vigorosamente cuanto que las habrá oído de la boca de Dios. Puede entonces aparecer como marginada, provocar asombro, incluso suscitar odio, este odio evangélico que le ha sido prometido por Jesús de parte del mundo. Pero ella no puede dudar de que el lugar de su pertenencia está ligado al desierto de los Profetas y de Jesús, donde sin cesar es convocada para adquirir toda su medida y su consistencia. Y, curiosamente, para encontrar allí al mundo. Asimismo en la vida de san Benito va a darse en adelante un continuo vaivén entre el desierto y la ciudad. Benito parece huir de la ciudad, pero apenas ha ido hasta el extremo del desierto, cuando la ciudad se aleja de sí misma para ir hacia él, agregándose a sus pasos, mendigándole una palabra, reclamándole su bendición.

El primero en descubrir a Benito en la cueva de la gruta fue un sacerdote. No iba en busca de la soledad sino enviado expresamente, dice Gregorio, por un ángel. Era un día de Pascua y Dios quería de este modo proporcionarle una comida festiva conveniente. La narración no carece de encanto ni de humor. Pues Benito -que fue el primer benedictino- estaba tan lejos de todo, y aun de la santa liturgia, que ignoraba completamente que ese día era Pascua. Al saludo pascual del sacerdote, él contesta con una palabra cuya candor sólo iguala su extrema profundidad teológica: *“Sí, es Pascua, porque tengo la dicha de verte”* (Cap. 1).

He aquí el signo que muestra que Benito ha llegado a un término, que su desierto está a punto de florecer. En la soledad, él ha cerrado el gran circuito pascual. Ha hecho su Pascua con Cristo: porque en el rostro del primer hermano que encuentra reconoce las primicias de la Resurrección y del Mundo Nuevo: *“Sí, Hermano, es Pascua, porque tengo la dicha de verte”*.

En adelante comienza una cuenta hacia atrás. Pronto las multitudes se presentan en el umbral del desierto de Benito. Después del sacerdote, los pobres pastores de los alrededores -siempre los primeros en recoger la buena noticia-; después otros laicos, hermanos que entran en su escuela, y grandes de este mundo cuya crueldad se apacigua a la vista del hombre de Dios. San Gregorio afirma respecto de la zona que san Benito habitaba: *“Habiéndose inflamado ya aquellos lugares en todas direcciones en el amor de Dios Nuestro Señor Jesucristo”* (Cap. 8).

¿Quiere decir que Benito retornó al mundo? ¿O que el mundo se retiró al desierto? En adelante tal interrogante no se plantea en términos de oposición. En el Hombre de Dios, el desierto y el mundo coinciden en alguna parte: en la Iglesia. La Iglesia es enviada al mundo, sin embargo ella no pertenece al mundo; enfrenta al mundo pero permanece firmemente adosada al desierto. Benito encontrará al mundo en el desierto en la famosa visión que relata Gregorio. Una mañana, antes de la hora de Vigilias, vigía silencioso frente a Dios y frente al mundo, vio una extraña luz que lo envolvía y, en el corazón de ella, al mundo entero reunido en un solo rayo de sol (Cap. 35). El mundo en el corazón de la Luz de Dios; tal es el mensaje de Benito y que la Iglesia no cesa de proclamar.

Cualquier otro mensaje no sería más que añadidura. Aun cuando, mucho más tarde, en la larga supervivencia de Benito, los pueblos cristianos de la naciente Europa lo celebrarán como a su padre y patrono, tal vocación política -a decir verdad, vocación bien tardía- constituye un céntuplo tan inesperado como asombroso. Sin embargo es muy significativo en la medida en que da testimonio una vez más de que el verdadero hombre de Dios está cerca de su pueblo y de que fácilmente es reconocido por él.

II. LOS MONJES SON UNA IGLESIA QUE ESCUCHA A DIOS

¿Por qué Dios llama a su Iglesia al desierto? La quiere seducir, nos dice el Profeta Oseas, como se seduce a la mujer a quien se ama, y conducirla al desierto para hablarle al corazón (*Os 2,16*). El lugar del desierto es un lugar para enamorados.

Y si nos amamos ¿cómo no decírnoslo? Pero las palabras de amor de los humanos son lentas, vacilantes. Por largo tiempo balbucimos como sumergidos a la vez por la ternura y un extraño temor, dudando de que nos podamos dar a entender. Entre Dios y nosotros el diálogo no es más cómodo. No nos corresponde comenzar. Él mismo nos lo previene. Su palabra de amor liberará nuestro corazón, lo despertará de su sueño, lo herirá con un sentimiento que es a la vez dulzura y dolor. Siete veces de día y de noche, los monjes se repiten incansablemente esta palabra en los salmos, la escuchan en las lecturas que unidas constituyen la trama del Oficio divino; un día, ellos percibirán en sí mismos otro murmullo, el del Espíritu Santo, con otra Palabra que a su vez deben articular. La respuesta al amor de Dios es así dada como de antemano por Él, en su Palabra y en el corazón.

De antemano, por cierto, pero, no al instante. El camino de la oración pasa por una espera, por una incansable audición -"Ausculta, escucha, hijo", son las primeras palabras de la Regla-, por una paciencia puesta a prueba. La oración también, antes de devenir júbilo, atraviesa un desierto. El monje revive allí fraternalmente la travesía que es la de la Iglesia en la historia. Tanto uno como la otra deben atravesar un desierto donde Dios está aparentemente ausente, pero que es el vestíbulo obligatorio de toda contemplación. En el corazón de la historia, la Iglesia busca la huella de Dios y su dedo que no cesa de hacerla progresar; el monje, en lo profundo de su corazón, está al acecho de ese pozo donde todo ser humano llega a Dios y de donde la oración brota y sale de la fuente.

Ni la interioridad, ni la fe ni la oración se dan de suyo. Aparecen al comienzo como una noche, respecto de la cual es inútil todo intento de economía. La Iglesia y el contemplativo se encuentran enfrentados con su parte de ateísmo, esa parte que no es propia de los creyentes, pero que todos llevamos dolorosamente en el fondo de nosotros mismos. Por curioso que pueda parecer, el monje, antes de ser experto en las cosas de Dios, es experto en ateísmo. Se encuentra fraternalmente al lado de todos los que dudan y que no logran todavía abandonarse a la dulzura de Dios. El monje sabe por experiencia cuál es este crisol de la fe y cómo en él obra la mano de Dios despojándonos de todos nuestros ídolos. Solamente al salir del crisol, un resplandor brilla, un cierto presentimiento del Dios único y verdadero, revelado en la gloria que ilumina el rostro del Señor Jesús. En el contemplativo enfrentado con su noche es la Iglesia la que acepta la prueba de la fe en toda su amplitud, y la que, como lo pide san Benito a su monje: "*se abraza calladamente en su interior con la paciencia y soportándolo todo, no se cansa ni desiste pues dice la Escritura... cobre aliento tu corazón y soporta al Señor... Mas en todas estas cosas triunfamos por Aquel que nos amó*" (Cap. 7).

III. LOS MONJES SON UNA IGLESIA QUE SE REÚNE EN FRATERNIDAD

De todas partes viene la gente a buscar a Benito, y el hombre de Dios no rechaza a nadie. El monasterio es una ciudad pascual: acoge a todos los que, aun secretamente, se reconocen en él. Pero si él abre los brazos a todos, no los cierra en nadie. No se identifica con ninguna nación, con ningún estrato de la sociedad, con ninguna porción de la Iglesia. Quiere ser universal, como tiende a ser el hombre nuevo en Jesucristo.

En efecto, en la vida de Benito aparecen toda clase de personas, oriundas de la sociedad cosmopolita que fue el imperio decadente librado a sus nuevos señores bárbaros. Las clases y clanes son allí numerosos y fraccionados e inclusive han dejado huellas en la Regla de Benito, dispuesto a acoger a todos. El hijo de un noble que aporta una cuantiosa dote al monasterio y, a su lado, el hijo del pobre recibido por amor de Dios. Hay patricios libres y siervos habituados a ejecutar órdenes; hombres cultos e iletrados; clérigos y laicos; vocaciones de niños y vocaciones de adultos. Hay finalmente latinos de pura cepa y también hijos convertidos de los antiguos invasores, bárbaros mal latinizados que farfullan trabajosamente una lengua gloriosa que contribuyen a corromper. Ninguno está excluido, cada uno encontrará su lugar con la condición de que olvide su pertenencia de antaño. Franqueado el umbral de la casa de Dios que es el monasterio, ha de romper con la sociedad fuertemente jerarquizada donde tenía el rango que sus orígenes o su saber le habían proporcionado, y hasta debe borrar el nombre que tenía derecho a llevar. San Benito es absolutamente estricto en este punto. Ningún monje será llamado por su nombre de antes, ese nombre civil cuya sola forma o grafía traicionaría el origen ilustre o modesto, o aun extranjero: *No se anteponga el noble al de condición servil... porque tanto el esclavo como el libre, todos somos uno en Cristo* (Cap. 2). Un nuevo rango corresponde a cada uno: el de la antigüedad en la conversión al Señor. Un nuevo nombre le es dado, apelativo evangélico y familiar a la vez, signo de respeto y de ternura: *nonnus*, es decir, “abuelito”, si es anciano; *frater*: hermano, si es más joven.

Esta nueva pertenencia a una nueva ciudad ha valido a los monjes de todos los tiempos su capacidad legendaria -hablando con propiedad, su carisma- de hospitalidad y de acogida. *Honorare omnes homines*, pide san Benito: honrar a todos los hombres (Cap. 4). Cada uno es acogido desde el momento en que llama a la puerta. Apenas se ha dado a conocer ya el portero dando gracias exclama: *Deo gracias*; y todos los hermanos, encabezados por el Abad, se adelantan para saludarlo y para *honrar a Cristo, porque es a El a quien se recibe en ellos* (Cap. 53). Un solo privilegio, y éste para los pobres y peregrinos, *pues es sobre todo en ellos -comenta san Benito- que se recibe a Cristo*; y agrega, no sin un guiño y una brizna de humor, que *a los potentados el mismo temor que inspiran induce de suyo a honrarlos*.

Ser tierra de acogida, no obstante, no es una gracia particular de los monasterios, sino que es la gracia de la Iglesia desde el momento en que se desprende de las trabas partidistas que la paralizan, y a veces la desgarran y que, en todo caso, desfiguran su rostro y empequeñecen su capacidad de amor.

En cuanto al monasterio de Benito, no tiene opción. Si fuera necesario en una Iglesia dividida, instintivamente se constituiría en un no *man's land* del Espíritu donde todos se sabrían respetados, donde cada pobre sería acogido y ningún rico sería sospechoso; donde no se exigiría ni sería comprometedor el carnet de ningún partido; donde todos serían recuperados únicamente para perderse en Jesucristo y resucitar como criaturas nuevas.

El monasterio debe ser, por tanto, la tierra ecuménica por excelencia, un lugar que pueda suscitar encuentros y prefigurar comuniones que, en otros lados, existen solamente en esperanza. Recientemente un teólogo ortodoxo, de paso por un monasterio francés, se asombró de haber descubierto un rincón de ortodoxia en tierra católica; ésta es una verdad a medias únicamente. Un monasterio no pertenece fundamentalmente ni a la ortodoxia ni al catolicismo, sea donde sea que se encuentre, en la medida en que éstos se oponen todavía provisoriamente. El monasterio es ya un signo de la Iglesia indivisa -y quizás nunca separada- hacia la cual el Espíritu nos empuja hoy tan fuertemente.

IV. LOS MONJES SON UNA IGLESIA DE PECADORES PERDONADOS

Benito acoge desde el comienzo a los pobres y a los peregrinos, a aquellos que han sido lanzados a los caminos por una gracia de penitencia. Esta preferencia traduce una experiencia personal. Se siente

cerca de los que luchan y de los que caen y no tienen otra fuerza en que apoyarse sino la de no desesperar jamás de la misericordia de Dios.

No desesperar jamás de la misericordia de Dios (Cap. 4), es literalmente uno de los más importantes consejos que Benito da a sus monjes desde el comienzo de la Regla. Sin duda sabe bien de qué está hablando y quiere desanimar a los postulantes falsamente atraídos por algún sublime ideal de sobrehumana perfección. El monje no tiene nada de un superhombre. Ni siquiera es un justo, uno de aquellos para los cuales no ha venido Jesús. El monje se ubica entre los pecadores y debe aprender la necesidad que tiene de la misericordia como cualquiera.

La tentación de reemplazar la búsqueda del Rostro de Dios por una mirada moral, soberbia y exigente es de todos los tiempos, aun del nuestro; o quizás, legítimamente agotados por la aspereza de una lucha pretendidamente ascética, pero en el fondo pagana, por la conquista de alguna virtud de alto vuelo, corremos el riesgo de usar una generosidad similar demasiado natural en otras luchas paralelas. Benito había hecho la humillante experiencia de su propia debilidad en sus primeros años de soledad, cuando, tentado en la carne -cito literalmente a san Gregorio- *y vencido por la pasión pensó casi ya en abandonar el desierto. Pero iluminado súbitamente por la gracia de lo alto volvió en sí* (Cap. 2). De este casi fracaso, de esta semi-victoria, en que no fue él sino la gracia de Dios la que finalmente triunfó en su debilidad, Benito guardará el recuerdo siempre. El monje de su Regla será un hombre de corazón roto y humillado, pero siempre exultante a causa de la misericordia. Al Abad, llamado a corregir a sus hermanos, le recomendará acordarse de su propia fragilidad, hacer prevalecer siempre la misericordia sobre la justicia, a fin de que un día él también merezca ser tratado igual; disponer todas las cosas en la vida de los hermanos de tal manera que los débiles no se descorazonen; socorrer todas las debilidades: los enfermos, los ancianos; pero, sobre todo, ir en busca de la oveja perdida, de los pecadores y de los delincuentes que nunca faltan en una comunidad según el Evangelio.

De hecho, el lugar del pecador en el monasterio es verdaderamente asombroso. Aun cuando un real rigor le es aplicado, éste es palabra de amor. Aun si es excluido del oratorio y de la mesa, ocupa un lugar privilegiado hacia el cual se dirigen las miradas y los corazones, así como la oración de todos los hermanos, para que allí se renueven las maravillas de la misericordia, para que la herida de uno solo sea para todos un milagro.

Solamente entonces el monje de Benito llega a la meta. La escala de perfección que Benito ha querido erigir en la Regla es una escala de humildad y de anonadamiento. Se la sube, subraya finalmente, descendiendo, y su cima es un abismo de arrepentimiento. San Benito ha reconocido el icono del monje perfecto en el publicano del Evangelio, sacramento de humildad, quien repetía continuamente en su corazón, los ojos fijos en tierra: “Señor, no soy digno, yo pecador, de levantar los ojos hacia el cielo” (Cap. 7).

Benito se preocupa menos de caricaturizar al que quiere pasar por justo irreprochable o de determinar ansiosamente donde comienza y termina el pecado que de anunciar en primer lugar lo que proclamaba el Evangelio: que el pecado, sea cual sea, está perdonado, y que ese perdón está a disposición de todos los pecadores, con tal de que acepten abajarse ante la puerta estrecha y baja del arrepentimiento.

En una Iglesia tironeada entre los últimos sobresaltos de una falsa culpabilidad y las tratativas todavía torpes para liberarse de ella, Benito ofrece la gracia del verdadero arrepentimiento evangélico. No disimula el pecado, pero siente ternura por el pecador: *odiar los vicios, amar a los hermanos*, le recomienda al abad (RB 64). Acoge al pecador y lo restaura en el perdón creador de Dios. El arrepentimiento y el perdón son las dos caras del poder liberador, del cual un día se dirá que es la única terapia eficaz, por ser divina, para las distorsiones de nuestras psicologías y para nuestras sociedades que van a la deriva.

V. LOS MONJES SON UNA IGLESIA QUE LIBERA EN EL ESPÍRITU SANTO

El arrepentimiento es el primer fruto de la vida nueva depositada en nuestros corazones y llamada a desarrollarse en la fuerza del Espíritu Santo. Es incluso un signo cierto de que el Espíritu ya está allí. El hombre de Dios que fue Benito, también fue el hombre del Espíritu -*pneumatikos, spiritualis*- el verdadero espiritual, en contacto con el soplo de Dios y capaz de insuflarlo a los demás.

La experiencia monástica, más allá de las instituciones y de la observancia que siempre tienden a endurecerse, es antes que nada transmisión de esa vida. Es misterio de paternidad y de maternidad, de engendrar y dar a luz. Siembra cuerpos y corazones para Dios; germina, crece, echa raíces, se desarrolla, brota, se abre, florece y, más tarde, produce frutos en abundancia. Porque recibe desde el interior un impulso secreto que le viene de la vida de Dios, del soplo creador, del Espíritu Santo que la acompaña sin cesar, la cuida, se hace poco a poco sensible al corazón. Finalmente, esta dulzura del Espíritu enseña todo al monje, lo ayuda a discernir, se convierte en su único guía y su única Regla. Regla viva e interior, inscrita en su corazón convertido en corazón de carne, es decir, vulnerable y maleable por la mano de Dios.

Y allí donde está el Espíritu de Dios, está la libertad (2 Co 3,17). El monje de Benito, según el modelo de su padre, deviene un hombre disponible y entregado. Hombre de Dios (*vir Dei*), por la obediencia a toda Palabra de Dios (*Verbum Dei*), permite al Espíritu acabar en él la obra de Dios (*Opus Dei*), en el corazón de la Iglesia de hoy; esta obra es indisolublemente confesión y alabanza, intercesión y servicio fraternal en el amor humilde y sincero.

Para preparar el Año de san Benito, se lanzó una amplia encuesta a los monjes y monjas del mundo entero, donde se les pedía que indicaran los valores de la Regla de san Benito que más habían marcado sus vidas. En Francia, una de las respuestas más conmovedoras se resumía en una sola frase, escrita por una mano fatigada y temblorosa. Al final de la hoja, otra mano más joven había agregado: *Esta respuesta fue escrita por nuestro Padre X, pocos días antes de su muerte a la edad de 92 años.* La respuesta indicaba dos pequeños pasajes de la Regla: el final del Prólogo y el del capítulo VII.

A modo de conclusión, permítanme darle mi voz al testimonio de ese monje anciano, venerable y amado, que de esa manera quiso rendir homenaje a san Benito al mismo tiempo que al Espíritu Santo.

Los dos pasajes describen sobriamente pero con precisión, el momento exacto de la experiencia monástica en que, gracias a lo que hoy llamamos un choque carismático, una intervención particular del Espíritu Santo, nuestras vidas, por lo general tan forzadas y laboriosas en la carne, de repente dan un vuelco a la maravillosa libertad y ligereza de los hijos de Dios: *Al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios...* (Prol.).

En efecto, san Benito dice en el segundo pasaje: *Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de amor a Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero* (Regla, cap. 7), pecador en adelante perdonado y restaurado en su luz.

Esta es la palabra de san Benito, palabra del Evangelio para todos los tiempos. Su luz ilumina el crepúsculo del segundo milenio y anuncia la aurora del tercero, del cual ciertamente presentimos el estremecimiento en nuestros corazones inquietos, pero- y tomo una última palabra de san Benito- *no desesperando jamás de la misericordia de Dios* (Regla, cap. 4).

Mont-des-Cats
Francia